

¡El amor de Dios reine en nuestros corazones!

Estimados amigos:

Son muchas las personas que me contactan para recomendar que me cuide, pues estoy inscrita en un grupo de riesgo frente al CoronaVirus. Agradezco sus palabras amigas y, para tranquilidad de todos, les digo que estoy bien, en mi celda conventual, sin salir a la calle.

En estos momentos, me siento como en letargo, mi único proyecto es no hacer proyectos. Podría representar mi actitud personal con un GRANO DE TRIGO. Dice el Señor que si el grano no muere, no producirá fruto. Pues bien: yo siento que todo en mí cambió, que tengo que mirar la vida y la muerte como algo que me trasciende; que no me queda más que ponerme en las manos de Dios como semilla que Él lanzará a la tierra cuándo y cómo le plazca. A mí me gustaría ser un grano de trigo; me dejaría moler para que con mi harina se pudiera hacer la hostia que se transformará en Cristo, en la consagración eucarística. Yo deseo ser esa hostia que cada día se da y se reparte a todos en refecciones de amor, alegría y esperanza, sin aspirar a más recompensa que consumirme en el amor a Dios y a los hermanos.

Y como la situación que estamos viviendo no me impide de soñar, me imagino a todos mis amigos, en especial a los Misioneros de la Alegría y la Esperanza, unidos en espigas que siembran sus granos por donde pasan para que cada grano dé origen a una nueva espiga, multiplicándose como el coronavirus, pero **para dar vida**. ¡Qué lindo sería nuestro globo si nuestros valles se convirtieran en grandes mieses de doradas espigas! ¡Espigas humanas que se abren al sol del Amor de Dios, medidas ligeramente por la suave brisa de Su Espíritu! Y observo, en idílica contemplación, como las personas se sienten amados por cada una de las demás y, juntas, comparten gozosamente la mesa de la fraternidad universal como verdaderos hermanos, como hijos del mismo padre, Dios. Me encanta ver cada mesa adornada con floreros de Alegría y Esperanza y las/los camareros vestidos con un sencillo uniforme blanco, símbolo de unidad y rectitud.

Esta visualización intenta ser una respuesta a los retos que nos lanza la situación epidémica que nos envuelve. No podemos permitir que este desafío nos robe la paz; con la gracia de Dios, podemos mirarla como una ocasión de reorientar nuestra vida.

Amigos y hermanos! Les invito a adoptar la espiga, unida a la Cruz, como símbolo de nuestra respuesta que se traduce en un sencillo esquema práctico: **“Morir para dar vida”**; renunciar a nosotros mismos, a nuestro egoísmo, gustos e intereses, para dar paso al Reino de Dios, reino de amor, justicia y paz; y ser testigos de unidad porque nos alimentamos del mismo Pan, la Eucaristía. Desde esta posición de fe, podemos vislumbrar un nuevo amanecer en el horizonte de nuestra existencia y experimentar el gozo de implementar en nuestro mundo la civilización del amor.

Yo sé que me cuento entre las personas más vulnerables; esto me lleva a aplicar todas las medidas preventivas, pero no me quita la paz; estoy en las manos del PADRE y eso me basta.

Que el Señor nos bendiga, y nos llene de su Espíritu para que su Luz nos abra el camino recto en la oscuridad de esta larga y tenebrosa noche.

Hna. Teresa Vaz, R.A.D.

La Habana, Cuaresma de 2020